

...Yo tengo el uso de la lengua francesa, y esto me hace *tromper* muy á menudo.

...Vamos á mi calabozo, allí estaremos mejor.

—¡Bien, vamos al *apartement*; señor Don Modesto, ó *plaisir de vous revoir!*

—A los piés de usted, señora.

— Esa Eugenia, dijo Doña Canuta es original.

La obesa dama, dando saltitos sumamente coquetos, salió al patio sonrió con dulzura al alcaide, y se entró en el *separo* para atormentar al infeliz marido con aquella jerga franco castellana.

CAPITULO DECIMOTERCERO.

EL 2 DE ABRIL DE 1867.

I.

Desde la noche memorable en que Porfirio Díaz, arrojándose por una de las ventanas de su prisión, escapó á la saña implacable de sus enemigos, la estrella de su destino apareció brillante en la aurora siempre clara de su horizonte.

El bravo general sorprendió á una pequeña guarnición, y por una sucesión de sorpresas, asaltos, duelos personales, combates y batallas, se presentaba frente con su ejército de 3, 000 hombres y 12 piezas de artillería al frente de la ciudad de Zaragoza, donde su nombre había alcanzado la inmortalidad en el inolvidable 5 de Mayo y en los gloriosos episodios del sitio de 63.

¡Miahuatlán!.....¡Oaxaca!.....¡la Carbonera y otros mil lugares, conservan el recuerdo del joven caudillo.

Porfirio Díaz ha hecho peregrinaciones increíbles por entre las montañas y la abrazada zona de la Tierra Caliente.

Alvarez le dió *doscientos* fusiles de chispa para que armase á sus primeros soldados.

El general sustituyó estas armas con las del ejército francés, quitadas en el campo de batalla, y devolvió al *Sur* sus fusiles históricos.

La revolución se levantaba omnipotente, y la juventud republicana se apiñaba en derredor del joven soldado, que llevaba sus banderas triunfantes protegidas por el ala siempre tendida de nuestras águilas.

II.

Puebla de Zaragoza es una ciudad que guarda la mayor parte de sus páginas sombrías de nuestras revoluciones.

Puebla es el álbum donde hay cantos heroicos y hojas sombrías ensangrentadas.

Esa ciudad unas veces ha sido el baluarte de la libertad y de la independencia, y otras el castillo feudal donde se han concentrado las ideas viejas y los monumentos de la barbarie!

La ciudad de Zaragoza es una plaza fuerte, toda vez que se fortifica.

Puebla es una ciudad cerrada.

Dos pequeñas eminencias le sirven de atalaya.

El mundo entero sabe cómo se llaman esas pirámides de roca, asiento de las glorias patrias, cifras de granito arrojadas en ese valle encantado, que sobrevivirán á los siglos y á las generaciones!.....

¡Gloria á vosotros, sagrados monumentos, regados con la sangre de nuestros hermanos!

¡Gloria á vosotros que conserváis las gigantes huellas del mártir del patriotismo y de la independencia!

Sobre vuestras rocas sacudió el viento de la victoria los estandartes de la patria!

Vuestra arena se tornó abrasante al recibir los rayos incandescentes del sol de Mayo, y á vuestras plantas rodaron mutilados los cadáveres de los invasores!.....

¡Salud! salud tres veces, campos de heroísmo! que el espíritu vivificante de la libertad se mezcla sobre vosotros y atraviese los celajes arrebolados de vuestro cielo; que el valor nunca desmentido de vuestros hijos lleve su espada vencedora y sus frescos laureles á los altares de la patria!

III.

El ejército republicano había alcanzado triunfos parciales, y conquistado puntos de alguna importancia en el perímetro de la plaza.

Las horadaciones continuaban á gran prisa, y de un momento á otro se esperaba el asalto por todos los puntos vulnerables de la línea.

Los defensores de Puebla contaban con una cantidad inmensa de municiones de boca y guerra. La artillería era supe-

rior á la de los sitiadores, y casi era imposible la toma de la plaza.

Las granadas hacían destrozos en el campo de Porfirio Díaz, y en los asaltos parciales la metralla derramaba la muerte y el exterminio.

Los republicanos veían consumirse su parque y sus recursos, y ya circulaba el rumor de que el ejército levantaría el campo, pues apenas se contaba con el parque estrictamente necesario para una retirada.

El joven general veía acercarse el momento de la crisis y la desmoralización que era consiguiente á la levantada del campo. No obstante, acaso sería preciso, porque intentar un asalto en esas circunstancias, equivalía á lanzar á una muerte segura á sus soldados, sin esperanza de un éxito favorable.

La situación era terrible.

Aquella noche de desesperación se hizo más sombría.

IV.

El asesino de Tacubaya levantó en la capital una división de 5,000 hombres y tomó entre los que iban los jinetes austriacos y un cuerpo de 800 plazas, todos franceses.

La artillería rayada de grueso calibre y de montaña, formaba un total de veinte piezas, todas en magníficos montajes.

Cuando la división pasó revista en la capital, no hubo un soldado descreído que no viese el triunfo seguro.

Aquel refuezo llegado á tiempo á la plaza de Querétaro, decidiría la cuestión.

¡La causa republicana estaba perdida!

Dios ciega á los que quiere perder.

Márquez, al verse general en jefe de ese pequeño ejército, soñó abarcar en un solo puño los laureles del triunfo; marchar violentamente sobre el ejército que asediaba á Puebla de Zaragoza, derrotar á los 3,000 soldados de Porfirio Díaz, hacer un número inmenso de prisioneros, dejar segura la plaza y marchar victorioso con una división de diez ó doce mil hombres, con cincuenta piezas de artillería sobre los sitiadores de Querétaro, batirlos, acribillarlos y regresar como César, entre un pabellón de estandarte y de despojos guerreros, he aquí el sueño de ese miserable.

Las probabilidades estaban todas por la realización de sus proyectos.

Así es que, guardando en el infierno de su alma este pensamiento, salió de México rumbo al *Interior*, fingiendo dirigirse á Querétaro.

Luego que estuvo en el camino de los Llanos, hizo un movimiento de conversión y se encaminó con rapidéz en dirección á Puebla, donde el general Díaz apenas avanzaba por las horas radaciones.

V.

Los guerrilleros son como los gavilanes, husmean á largas distancias el olor de la pólvora.

La parvada de guerrilleros que estaban á los alrededores de la capital, no perdían de vista á la división imperial.

Al descubrir el movimiento del enemigo, se destacaron rápidos como exhalaciones cien correos por diferentes caminos y veredas, anunciando á Porfirio Díaz que pronto estarían sobre su campo las fuerzas del imperio.

Esta noticia fué un rayo para el joven caudillo, que no tenía la menor esperanza de tomar la plaza, antes de que Márquez llegara á las inmediaciones.

La prudencia y las leyes de la estrategia aconsejaban la levantada del campo.

El general citó una junta de guerra.

Cuando estas juntas se celebran entre personas de honor y de valor, son de todo punto inútiles, porque todos pasan sobre fuego antes que aventurar una sola palabra que implique temor.

General y subordinados eran de la misma cuerda.

De aquella junta debía salir algo terrible, una calaverada sangrienta, algo que lanzado en los dos extremos de la balanza, es decir, del éxito ó del fracaso, siempre va á la inmortalidad.

Aquellos hombres eran como el caballero Bayardo, "sin tacha y sin miedo."

Mientras aquella heróica juventud, á cuyo frente se encontraba Porfirio Díaz, discutía sobre lo conveniente, y se ha dicho entre paréntesis, para ellos lo conveniente siempre es batirse, un grupo de oficiales hablaba con el mayor de una de las divisiones.

—Mi coronel, decía un capitán alegre y vivaracho, está usted lleno de polvo y de tierra.

En un tris estuvo que no me aplastara la pared que acababa de desplomarse, pero yo les contaré un cuento á los traidores.

El coronel era un joven bien parecido, rubio, con toda la

barba, ojos claros, frente despejada, calvo, miradas feroces cuando se le antoja que tiene mal corazón.

El coronel es un solterón de primera fuerza: dicen que está enamorado; él nunca ha hecho confidencias sobre este particular.

Como amigo no tiene rival, como soldado, su nombre aparece en todos los partes de las batallas con especial recomendación.

Miguel Veraza, que así se llama el coronel, es hombre excéntrico; cuando estuvo prisionero en Francia compró dos *casquetes*.

Se vió al espejo por espacio de dos horas, y acabó por convenir en que un soldado con peluca es un imposible.

Veraza guardó los casquetes.

Parece que esta compra la hizo por consejo de una griseta.

Veraza es un hombre sufrido y lleno de caballerosidad.

Siempre elegante.

Lo hemos visto en el campamento hecho pedazos, pero nunca le falta una borla de oro que atar á la culata de su pistola, ó una corbata bien bordada, ó unas espuelas cinceladas; algo que revele al hombre de buen gusto.

El coronel es el hombre más tenaz que hay debajo de las estrellas.

Toda vez que se proponga subir al cielo, no duden nuestros lectores que el día menos pensado anuncia el *Monitor*, que Miguel Veraza ha hecho su excursión con todo y caballo á las regiones etéreas.

Veraza era mayor general de una división, y seguía á Porfirio por quien tenía un verdadero fanatismo.

Veraza estaba en las horadaciones, incansable, trabajador, entusiasta y queriendo distinguirse como siempre.

—Mi coronel, dijo el oficial, ¿ya sabe usted la noticia de la llegada de Márquez?

—¿Qué importa?

—Que estamos mal.

—Donde está Porfirio Diaz, siempre se está bien.

—Habrà una de Dios es Cristo.

—Que la haya, para eso estamos, y el que no quiera ver visiones que no venga al sitio de Puebla.

—Pero, mi coronel.....

—No ha de ser más negro el cuervo que las alas.

—Lo temo por la causa.

—Pues la causa no arriesga el pellejo como nosotros.

—Es que ya no hay parque.

—No sea usted imprudente, si lo oyeran los soldados se desmoralizarían.

—Lo sé, mi coronel, por eso lo digo en voz baja.

—Hay cosas que no se las debe uno decir ni á sí mismo.

Llegó en aquellos momentos un ayudante del general Díaz y habló un momento con el mayor general.

Este se mordió los labios, se frotó las manos con satisfacción, y siguió alentando con gritos á los zapadores que á la orden del infatigable Rivero practicaban las horadaciones con una violencia admirable.

Solían encontrarse los fusiles enemigos y se armaba una zambra infernal, se empezaba un combate y se disputaba una cuadra á la bayoneta.

VI.

Corría en todo el campo la voz muy válida de que el general Díaz levantaba el sitio.

Comenzaba algo el desaliento, aunque aquella tropa no se desmoralizaba tan fácilmente.

Los generales Alatorre y Terán volvieron á sus líneas, y Faustino Vázquez, Jefe del Estado Mayor, recorrió los parapetos hablando reservadamente con los comandantes de los puntos.

—Malo, decía un joven capitán, el coronel Vázquez Aldana se limpia muy á menudo los lentes; de que se cala las gafas, algo malo ó bueno va á suceder.

—Ya le tenemos miedo, respondió un teniente, la víspera de la toma de Oaxaca avanzó tanto la artillería, que aquello era tirar á quemarropa.

—Como es miope Vázquez Aldana, le gusta ver muy de cerca al enemigo.

—Sí señor, de que platica con el general Díaz ya va á ser ello; y con la sangre fría con que le dice á uno, como si no le fuera el pellejo; "mañana al amanecer se arroja usted sobre la trinchera;" y en viendo que se pone el semblante algo trémulo, añade: "los dos entraremos juntos," y se va como si hubiera dicho uno gracia el maldito.

—Es el brazo derecho del general

—Temo que se lo corte el día menos pensado.

—Hay hombres á quienes favorece el diablo, y mi coronel Vázquez es uno de ellos.

—Yo creo que él es capaz de favorecer al diablo.

—¡Demonio! ¿qué pasa en el campo?

—No hay duda, la retirada es una cosa cierta.

—Veámos, compañero, allí se agrupa el Estado Mayor y multitud de soldados.

—Alguna desgracia ha causado esa granada: demonio! se alza una nube de humo y de polvo.

—Corramos!

—Corramos.

Efectivamente, un proyectil de grueso calibre había caído sobre el techo de una casa donde el general Díaz estaba de observación.

Las vigas crujieron, y la granada, haciendo un terrible estrago, cayó en el aposento donde se hallaba accidentalmente Porfirio Díaz.

La granada hizo explosión.

El aposento quedó envuelto en una atmósfera de humo.

Después se oyó la voz del general que áclamaba: "sáquenme! sáquenme!"

Sus valientes soldados se arrojaron sobre los escombros, y por unas de las ventanas sacaron a Porfirio Díaz, sobre quien se desgranaba el techo de la casa.

El general se salvó milagrosamente.

La muerte del valiente jefe del ejército republicano, hubiera sido de trascendencias funestas para la causa.

Dios estaba con la República.

VII.

Porfirio Díaz recoría su campo, dirigiendo la palabra á sus viejos soldados, con aquel buen humor que le caracteriza.

—Ahí va *papá*, decían los soldados.

El joven general los saludaba con algún chiste.

En la mirada del caudillo había mucho de inquietud en aquellos momentos, en que visitaba por última vez los parapetos y horadaciones.

Porfirio Díaz pensaba en algo que no estaba en el campo de batalla.

Pensaba en la mujer de su amor, con quien se desposaba por *poder* en aquella misma hora en que el destino lo iba á sujetar á una terrible prueba.

¡El amor!.....¡la gloria!

Las dos alas del ángel del porvenir.

VIII.

Eran las diez de la noche cuando las fogatas de los sitiadores comenzaron á apagarse.

El campo estaba en movimiento.

Los sitiadoestaban pendientes de los movimientos del ejército republicano

La levantada del sitio cuando ya estaban desmoralizados por los rudos ataques de los sitiadores, era una noticia del cielo.

Los soldados de Porfirio se resistían á creer el funesto rumor, pero la disciplina los tenía mudos.

Trece columnas con su dotación de artillería se formaron frente á los reductos de la Plaza.

Aquello significaba ó un ataque ó una retirada.

Faustino Vázquez había regresado con el general Díaz al cerro de San Juan, donde se encerró á hacer preparativos de alquimia que nadie comprendía.

—Este hombre de las gafas nos dà un mal rato, insistía el capitán, está acumulando combustibles.

—¿Si será cierto lo que hemos dicho con respecto á que tiene pacto con el diablo?

—No hay duda, compañero, en sus botas debe traer la cola de Satanás.

—Y en los lentes las vidrieras del infierno.

—Su caballo saca lumbre en las piedras.

—Su espada está tocada á la fragua que hay en la quinta guarida de Satanás.

—Esta noche es de mal agüero, hay secretitos con ese descolorido do gafas.

FIN DEL TOMO TERCERO.